

La historia de los huesos humanos

Lynn Cruz

Incubadora ediciones

En este punto necesito una digresión. La barba de Héctor próximo a afeitarse, su Tras la Huella en la TV, las locaciones en el aire y ahora los huesos. La mayoría de los problemas Coyula los soluciona en post producción. Su salida es mezclarlo todo. Así la escena del edificio, como solemos llamarla, tiene partes de la fábrica textil de San Antonio, escombros hallados en Cojímar, y el fragmento tal vez más sugerente fue haberlo anclado en la ciudad nuclear, con la central de fondo en vez de La Habana. Esto hizo modificar al edificio de La Válvula. Desafortunadamente del Central Cuba solo tenemos fotos. Como un coleccionista, o un urbanista, compone las partes del rompecabezas que da forma a una ciudad que solo existe en su cabeza, pero que cobra vida en la pantalla. Los espectadores se preguntarán ¿en qué lugar fue eso? Hacer cine es una utopía, de la que casi siempre gozan las clases privilegiadas. Utopía puede ser lo mismo buen lugar como no lugar. Corazón Azul está llena de no lugares habitados por seres que han perdido sus sueños.

Entonces ¿qué pasó con los huesos? Me he desviado para no exponer mi crimen. Lo confieso, USAMOS EL ESQUELETO DE MI ABUELA. Algo que creímos se trataría de unos días, terminó siendo tres meses. Sin saber que el horror vendría después. La siguiente parte de la historia

aparece en otro libro. Los que lo han leído se la pueden saltar. Mi abuela estaba enterrada en la Necrópolis de Colón. El segundo cementerio en importancia de Latinoamérica. Mi abuela era del campo. La finca de mis bisabuelos estaba en San Tranquilino, terreno que ocupa actualmente la Escuela de Cine de San Antonio de los Baños. Todas las mañanas ella, y sus catorce hermanos debían hacer un surco para ayudar a mi bisabuelo. Siempre llegaban tarde a la escuela. Un compañero de clases les hacía *booling* en la entrada y les cantaba: “Los Pérez a las 12, los Pérez a las 12”. Pérez era en efecto su primer apellido. Un día mi abuela se cansó y le cantó el quiquiriquí. En buen guajiro esto significaba trepar encima de la persona que te molestaba, como si estuvieses domando a un caballo, le halabas los pelos y cantabas: ¡Qui Qui Ri Quí! Como ven mi abuela, sin saberlo, era feminista.

Pues bien, quedamos en que no teníamos atrezzista capaz de hacer huesos humanos en tan poco tiempo y que se pudieran filmar a plena luz del día. Quedaban como dije antes también y ahora después de este lapso de tiempo ya serían menos de 72 horas. Recordé el malestar que me provocaba cada año tener que ir al cementerio a pagar los 12 pesos que costaba el osario colectivo donde enterraron a mi abuela. Por otra parte me molestaba que estuviera en un lugar tan impersonal. Ella había comprado una parcela de tierra en el cementerio de su San Antonio natal y además mi abuelo estaba en el panteón de sus familiares en Alquizar.

Se me ocurrió hablar con mi tía y mis primos para reunirlos con mi abuelo, entonces le dije a Coyula que si la trasladábamos nosotros, podríamos usarla unos días para filmar sus huesos, justo lo que necesitábamos. Así que decidimos ir al cementerio.

De cómo adquirimos el permiso de traslado en el cementerio

Aquí me adelantaré un poco en la historia. Tardamos tanto tiempo en volver a enterrar a mi abuela que mis primas me llamaban por teléfono para preguntar qué pasaba, a lo que yo respondía que estábamos filmando y muy ocupados, que no teníamos tiempo de ir. Imaginen, para esa parte de mi familia católica, eso es un sacrilegio, no podía confesarles que los restos estaban siendo usados en una película, y que además yo lo había autorizado. Ya no me parecía nada gracioso, lo peor fue cuando me hicieron la pregunta del millón: “¿y dónde la tienes?” Así de alto ----- fue el grito que pegó una de mis primas cuando respondí: “En el garaje”.

Nos aparecimos en el cementerio. En los archivos narré lo que quería hacer, o sea, (no hablé de que mi abuela trabajaría en una película, mucho menos a esta altura, creerían que me había tragado las absurdas ideas de los revolucionarios de saber morir para vivir siempre, aunque en verdad sí que me las tragué) trasladar los restos de mi abuela para que descansara junto a mi abuelo. Una mujer de unos cincuenta años nos atendió, explicó el engorroso trámite que consistía

en emitir un permiso en el cementerio de Alquizar donde se aclarara además que había espacio para ella. Esto podría tardar varias semanas. Coyula y yo nos miramos, desalentados ya a causa de tantos obstáculos, dimos las gracias y salimos de la oficina.

Cuando nos dirigíamos hacia la salida del cementerio, una voz familiar resonó a nuestras espaldas: “Niña, ¿qué es lo que tú quieres? En este país cuando alguien te dice eso, no es nada trivial. Significa que todo se resolverá pero por el negro, no por el blanco. Me volteé, estableciendo ese código universal que caracteriza la simulación. Narré nuevamente todo lo que le había dicho 3 minutos antes en su oficina, a lo que ella respondió: “Ven mañana mismo que yo te la voy a dar”. Una frase como aquella, en un lugar como ese retumbó en mis oídos. Me dije, ni el más mínimo respeto para los fieles difuntos. Se refería a ella como una mercancía, pero dadas mis intenciones poco tenía que reprocharle. La mujer nos explicó que debíamos regresar al día siguiente en la mañana con el papel de la dirección del osario.

El archivo estaba repleto de gente. La mujer resaltaba con su enorme buró en el centro y fondo de la oficina. Como no soy buena en ese tipo de transacción (me hacen sentir sucia), preparé en mi mente un guion donde yo, en efecto, protagonizaba una escena de mafia. Después pensé que como Titón yo también daría muerte a la burócrata. En mi mano derecha y debajo del papel de la dirección, coloqué un billete de 50 pesos (en aquel momento resolvía un poco más que ahora). Se lo mostré, la mujer me miró y sus pupilas se agrandaron. Con un gesto

asentía y me convidaba a sentarme. Lo hice, y de manera solemne puse la mano encima del papel, que ocultaba el billete. La mujer nuevamente asintió, así que deslicé mi mano por la madera pulida, que reflejaba toda la acción. Debieron ser mis nervios, o no sé qué y aquí disculpen mi exabrupto, en qué carajo yo estaba pensando que me quedé con el billete en la mano, y solo le entregué el papel. Me sentía culpable al ver la cara de desconcierto de la mujer que a estas alturas, estaba revolcada en el piso buscando el billete, y me miraba con cara de desesperación por no poder entender qué estaba pasando. Pues sí, el billete estaba hecho un rollo, congelado debajo de mi mano y no me quedó más remedio que desnudarlo cuando lo lancé por encima de la mesa, cosa que por otra parte percibieron los presentes.

Aun así el acuerdo quedó sellado. Salimos en busca de la dirección del osario. Pensaba que el cementerio es la prueba tácita del fracaso revolucionario. Las clases sociales se mantienen vivas allí a pesar del abandono. Las calles más céntricas como los barrios en La Habana, pertenecen a los apellidos ilustres, con grandes diseños en los panteones. Mi abuelo era un pequeño negociante. Tal vez uno de los sectores que más sufrió. En su pisicorre traía flores desde Alquizar. Venían de la finca donde quedaban sus hermanos y mi tía, su hija mayor, huérfana de madre. Después del 59 ni pisicorre ni flores. Ya no podría volver a parquear en la calle, sin que le robaran alguna pieza. El campo santo de mi abuela era semejante a la vida congelada de ellos, a partir de esa fecha. Periférico, pero con una ligera variación, el

inmueble que acogía los restos de mi abuela, era un cajón prefabricado, más parecido a los edificios que construyen para los militares. Ese discreto privilegio nunca lo tuvieron mis abuelos, especialmente porque mi abuelo mostraba su descontento en las décimas que escribía:

“El buen revolucionario, aunque no tenga manteca, se come la vianda seca sin hacer un comentario”. El murió cuando yo apenas tenía 12 años y gracias a que mi madre se casó con un militar, yo sí gocé de algunas libertades.

Había amanecido parcialmente nublado. Mientras más nos acercábamos, (y créanme, esto como dice en el principio de algunas películas, es una historia de horror, pero basada en hechos reales) más apretaba, de modo que entramos al osario bajo un torrente aguacero con potentes truenos, relámpagos, rayos.

Mi abuela nos jugó una mala pasada, desapareció. El enterrador buscaba, nosotros también pero ni por asomo aparecían sus restos. Mi abuela fue ganadora de un concurso de canto en la emisora Radio Cadena Azul. Mi bisabuela no quiso que desarrollara su carrera de cantante por temor a que terminara siendo una puta. Sé que lo mejor para esta historia sería decir que luego terminó de puta pero no fue cantante, pero no, mi abuela era de eso que se dice y al mencionarlo suena manido, una santa. Luego mi madre quiso ser actriz, pero sus nervios la traicionaban, ahora de lo que sí se encargaron las dos fue de transmitirme sus necesidades. Me había tocado ser una actriz dentro de una guerrilla, lo más justo sería hacer justicia a toda mi familia. Como

la vida de los humanos es tan corta, aún después de muerta yo demandaba la ayuda de mi abuela. Me compensaba creer que la película al contener en su título Azul, tenía una conexión con la emisora por la que lloró mi abuela.

Otra vez el subdesarrollo y la pobreza. El lugar tenía goteras, de modo que mi abuela no tenía un techo sólido ni siquiera después de su muerte. A pesar de la altura que alcanzaban las cajas, encaramadas unas sobre otras, el enterrador tampoco tenía una escalera. Esa fue la razón por la cual no aparecía mi abuela. Ella estaba en la cima, apenas alcanzábamos a leer su nombre Aracelia Anastasia Pérez Quiñones 07-11-04.

Finalmente había aparecido, una vez más dispuesta a ayudarme. Lo difícil fue el espectáculo de ver al enterrador trepar pisoteando y profanando las demás cajas para poder llegar hasta mi abuela. Como la lluvia arreció, comenzaron a crecer las goteras. Aquel hombre de apariencia oriental (no asiática, me refiero al oriente de Cuba), piel muy maltratada por el sol, cuerpo fibroso, hacía malabares con la caja. Hubo un momento en que tuvo que auxiliarse de la fila de enfrente y abrir las piernas de manera tal que parecía un trapecista, haciendo un número en la cuerda floja. Finalmente bajó, le mostramos el papel que había costado por el negro 50 pesos y nos llevamos los restos, que en ese punto y delirio eran mucho más que huesos, ¡mi abuela estaba viva! Con un paraguas protegimos la caja y la metimos en el maletero del carro.

Lo que sucedió con los huesos en el garaje.

Otro segmento de la escena del edificio, fue filmado en el garaje. También en la oficina, con todo aforado en negro, se rodó la parte de violencia. Tres meses sin que aconteciera nada extraordinario, además de sacar de vez en cuando los fémures de mi abuela. Uno de los personajes, que interpretó Edy Almirante (el hijo mayor del actor Enrique Amirante) ataca a Tomás con uno y el otro fémur se usó en Cojimar (en el mismo lugar donde encontramos el hueso de vaca). Lo colocamos en medio de unas cenizas, el primer rastro de restos humanos que encuentra Tomás y que lo impulsa a entrar al edificio.

Como la puesta en escena es tan compleja, Coyula no repite los planos, cada vez que corta hace un encuadre distinto, esto traducido al lenguaje más elemental, significa repetir la misma escena muchísimas veces para que él vaya moviendo la cámara. Hemos escuchado historias de los actores con quienes hemos trabajado, que terminan con pesadillas de tantas veces repetir lo mismo. Una mañana desde el 4to piso, donde reside Marta, la madre de Coyula, en donde además está la oficina, escuchamos un estruendo, proveniente de los bajos del edificio. Como ningún vecino se quejó, entonces pensamos que no había sido nada grave. En la noche, cuando regresábamos de rodar, tratamos de guardar el carro en el bunker construido para evitar los robos, y no podíamos abrir la puerta. Como el garaje está escasamente iluminado, nos auxiliamos de la linterna del teléfono, y para nuestra sorpresa,

entendimos que el sonido estruendoso de la mañana había sido el impacto de algo o alguien en la puerta del bunker.

En el suelo había además pedazos de concreto que cayeron de los bordes de la pared, a donde estaba anclada la puerta. Había también vidrios rotos. Decidimos dejar el auto en el medio del garaje, dada la imposibilidad de guardarlo, y esperando también a que apareciera el responsable. Debía ser alguien del edificio.

Resultó que había sido un vecino borracho. Al principio lo negó. Amenazamos con llamar a la policía y confeso todo. Los vidrios eran del parabrisas de su lado. Esta situación con la caja de restos dentro era un poco compleja, ¿qué responderíamos si al vecino se le ocurría preguntar? Al día siguiente y a primera hora, este traería a un herrero para arreglar el bunker, se encargarían de solucionar el problema, y no podíamos darnos el lujo de poner peros, pues correríamos el riesgo de que se aplazara el arreglo. Poco podríamos hacer esa madrugada porque el impacto sacó a las puertas de su lugar y resultaba imposible abrirlas. Son unas puertas de hierro, gigantescas y horrendas, que se deslizan por medio de un sistema de corredera.

Nos tocó estar toda la mañana “organizando el garaje” que por suerte es grande, de modo que una vez pasado el primer momento: “cuando abrieron las puertas”, Coyula les hablaba y yo corrí supuestamente a recoger algo, por supuesto, ellos debieron estar extrañados de mi conducta, pero me planté delante de la caja, para tapar el nombre de mi abuela con la nefasta fecha, hasta que comenzamos a poner trastos

delante y ellos continuaron solucionando problemas con su planta de soldadura.

No he contado aún qué sucedió la noche calurosa y húmeda en que rodamos en el garaje. Coyula quiso llegar más lejos. La dramaturgia en este punto ya la desarrollaba en la sala de edición. En total esta escena tardó 4 meses, en que volvíamos solo nosotros una y otra vez al edificio. Héctor salió después de los tres días intensos que rodamos con él, de modo que en los planos cerrados y de detalle, sobre todo piernas y pies fui yo, me puse varios pantalones juntos. Los hombros los hizo Marta para mis contra planos, recordar que en esta escena los actores éramos Héctor y yo, de modo que hasta la espalda de Coyula aparece haciendo de Tomás.

El momento en que rodamos en el garaje fue cuando Tomás se quedaba completamente a oscuras, en uno de los pasillos. En el instante justo en que se enciende una linterna. Imaginen a Coyula apretado en el maletero del carro, usando el movimiento de la marcha atrás como un Dolly, para seguir la trayectoria de la luz. Se trataba de que Tomás comenzara a ver cosas terribles o sugerentes. La gran idea del horror, que mencioné antes, fue la de dispersar todo el esqueleto en el piso del garaje. O sea, ya no se trataba solamente de los fémures de mi abuela, sino de exponer cada una de sus partes. El movimiento tenía que ser preciso. La puesta en escena de Corazón Azul es muy precisa. Marta, como es lógico, a veces fallaba porque la línea que dibujaba el recorrido debía ser recta. Sudábamos como cerdos, y la humedad mezclada con el

hollín del estacionamiento creaba una mezcla pastosa parecida al betún, eso sumado al olor de los restos hacia la jornada insoportable. Lancé un grito de espanto, al ver a una de las gomas aplastar un hueso proveniente de las costillas de mi abuela. Horrorizada cambié la disposición de los huesos, para que un evento tan sórdido no volviera a repetirse. Por suerte las costillas son duras. Como la vida está llena de coincidencias, y si las cuentas parecen de una telenovela, el vecino, el mismo que antes nos chocara, y a esa hora de la noche (eran pasadas las 12) reapareció en el garaje, y para no variar borracho. Nos paralizamos. Piensen que el suelo estaba lleno de huesos humanos, y dos cráneos, el de mi abuela y el de una mujer negra, identificado por Coyula, después de haberlo recogido durante la crisis de los 90, de la cual no quedó exento ni siquiera el cementerio, ni sus trabajadores víctimas o victimarios de los saqueos en las tumbas. El vecino recorrió con la mirada (del mismo modo que antes lo hiciera el Dolly) toda la hilera de huesos y cráneos. Nos miró, hizo un gesto de incompreensión y luego preguntó:

_ ¿Los puedo ayudar en algo?

La respuesta de nosotros fue el silencio. Todos negamos con la cabeza, porque hablar, en una circunstancia como aquella, significaría admitir la culpa.

Hoy cuando vemos la escena terminada, aun no podemos creer que la hayamos hecho solo dos personas, a pesar de que esa ha sido la historia de cada una de las películas de Coyula. Neumonía, gastritis,

esofagitis, vulvitis, hernia diatal, todo esto le fue diagnosticado poco tiempo después a Coyula